

¿Quién es *el* Espíritu Santo?

R.C. Sproul

PREGUNTAS CRUCIALES

No.  13



¿Quién es *el* Espíritu Santo?

R.C. Sproul

Reformation Trust A DIVISION OF LIGONIER MINISTRIES, ORLANDO, FL

Serie Preguntas Cruciales
Por R. C. Sproul

¿Quién *es* Jesús?

¿Puedo confiar *en la* Biblia?

¿Puede *la oración* cambiar las cosas?

¿Puedo *conocer* la voluntad de Dios?

¿Cómo debo *vivir en* este mundo?

¿Qué significa *nacer* de nuevo?

¿Puedo estar seguro *de que soy* salvo?

¿Qué *es* la fe?

¿Qué puedo *hacer con* mi culpa?

¿Qué es *la* Trinidad?

¿Qué es *el* Bautismo?

¿Puedo tener gozo *en* mi vida?

¿Quién es *el* Espíritu Santo?

¿Controla Dios *todas* las cosas?

¿*Cómo puedo desarrollar* una conciencia cristiana?

¿Qué es *la* Cena del Señor?

¿Qué es *la* iglesia?

¿Qué es *el* arrepentimiento?

¿Cuál es *la relación entre la* iglesia y *el* Estado?

¿Estamos en *los* últimos días?

¿Quién es el Espíritu Santo?

Traducido del libro *Who Is the Holy Spirit?*,
publicado por Reformation Trust Publishing,
una división de Ligonier Ministries.
421 Ligonier Court, Sanford, FL 32771
Ligonier.org ReformationTrust.com
© Septiembre de 2015. Primera edición.

Diseño de portada: Gearbox Studios
Diseño interior: Katherine Lloyd, The DESK
Traducción al español: Elvis Castro, Proyecto Nehemías

ISBN para la versión española en formato ePub: 978-1-56769-418-5

CONTENIDO



Cuando me volví cristiano, en septiembre de 1957, me encontré en un serio dilema. Estaba comprometido para casarme, pero cuando le conté a mi novia sobre mi conversión, ella pensó que yo había perdido la cabeza. Eso fue bastante abrumador, pero yo también estaba aprendiendo que no debía casarme con alguien que no fuera creyente, así que comencé a preguntarme si iba a poder casarme con la mujer que amaba. Pasaron varios meses sin una solución a esta disyuntiva.

Finalmente, se acercaba el receso de primavera. Mi novia tenía planes de ir a casa en Pittsburgh desde la universidad donde estudiaba, y yo la convencí de que pasara por mi universidad, me acompañara a un estudio bíblico en el campus, y luego alojara en el dormitorio de mujeres. No puedo recordar nada por lo cual haya pasado más tiempo orando. Pasé de rodillas prácticamente todo el día antes de su llegada, orando para que Dios actuara en su vida. Llegué a la conclusión de que si ella no se hacía cristiana pronto, tendría que deshacer el compromiso, pese a que no quería hacer algo así.

Fuimos al estudio bíblico aquella noche y ella permaneció sentada durante todo el evento sin decir una sola palabra. Después la llevé al dormitorio de mujeres, y todavía estaba muy callada. Sin embargo, la mañana siguiente, cuando fui a reunirme con ella, salió como si caminara por el aire. Me contó que le había costado dormir porque algo le había sucedido la noche anterior. Despertaba una y otra vez en la noche, pellizcándose y preguntándose: "¿Todavía lo tengo?". En cada vez se respondía: "Sí, todavía lo tengo", y seguía durmiendo. Ella se había convertido a Cristo a través del estudio de la Escritura la noche anterior.

Uno de mis recuerdos más claros de aquella maravillosa mañana es el momento cuando entrábamos a mi auto. Mientras me contaba su experiencia, me miró con gran entusiasmo y dijo: "Ahora sé quién es el Espíritu Santo". Por supuesto, ella había asistido a la iglesia durante años. Había oído mencionar al Espíritu Santo. Había escuchado la bendición pronunciada en el nombre del Padre, del Hijo, y del Espíritu Santo. Pero ahora, por primera vez, ella tenía un sentido de quién era realmente el Espíritu.

Esa declaración de mi novia, quien ahora es mi esposa, fue muy significativa. Nótese que ella dijo "ahora sé *quién* es el Espíritu Santo", no "ahora sé *qué* es el Espíritu Santo". En su conversión, ella hizo una transición desde entender el cristianismo en un sentido abstracto a entenderlo como una relación personal con Dios. Y una de las primeras verdades que comprendió fue que el Espíritu Santo es una persona, no una cosa.

Es extremadamente importante que los cristianos sepan quién es el Espíritu Santo y entiendan algo del rol crucial que él desempeña en la vida de ellos. Es por eso que he escrito este breve libro. Desde luego, la enseñanza bíblica sobre el Espíritu Santo es demasiado extensa para abarcarla adecuadamente en un volumen de este tamaño. Mi propósito en este librito es simplemente brindar las respuestas más básicas a la pregunta sobre quién es el Espíritu y

luego abordar brevemente algunos de los importantes roles que él desempeña en la vida de los creyentes. Para un tratamiento más completo, te animo a ver mi libro *El misterio del Espíritu Santo*.

Mi oración es que este breve tratado sobre el Espíritu te lleve a una relación más profunda con el Dios que amas y a quien sirves, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo.



La Tercera Persona

Como cristianos, adoptamos una histórica fórmula acerca del ser de Dios. Decimos: “Dios es uno en esencia y tres en personas”. En otras palabras, Dios es trino; él es una Trinidad. Esto significa que existen tres personas en la Divinidad. En teología, estas personas se entienden como personajes distintos. Las diferencias entre los tres, el Padre, el Hijo, y el Espíritu Santo son diferencias reales pero no esenciales. En otras palabras, la Divinidad solo tiene una esencia, no tres. En nuestra experiencia como seres humanos, cada persona que encontramos es un ser separado. Una persona significa un ser, y viceversa. Pero en la Divinidad, existe un ser con tres personas. Debemos mantener esta distinción para no caer en alguna forma de politeísmo, en el que veríamos las tres personas de la Divinidad como tres seres que son tres dioses separados.

Ninguno de nosotros puede explorar las profundidades de la Trinidad cabalmente, pero podemos dar algunos pequeños pasos para entenderla mejor. Las palabras *existencia* y *subsistencia* pueden ayudarnos aquí.

EXISTENCIA Y SUBSISTENCIA

Un juego que solía jugar con mis alumnos del seminario era preguntarles: “¿Existe Dios?”. Ellos decían: “Por supuesto que Dios existe”. Yo les decía: “No, Dios no existe”, y siempre era divertido ver la mirada de horror que aparecía en sus caras cuando empezaban a preguntarse si su profesor había abandonado el cristianismo y se había apartado de la fe. Pero yo me apiadaba rápidamente de ellos y les explicaba que estaba jugando un pequeño juego filosófico al aseverar que Dios no existe.

La palabra “existir” viene del latín *existere*, que significa “estar fuera de”. Así que la palabra “existir” significa literalmente “sobresalir”. Eso no necesariamente significa que si uno existe sea sobresaliente en todo lo que hace. La pregunta obvia es: ¿fuera de qué está un ser existente?

La idea de existencia tiene sus raíces en la antigua filosofía, cuando los filósofos estaban muy preocupados por la cuestión del ser. A nosotros también nos preocupa esta interrogante; de hecho, cuando hacemos una distinción entre Dios y nosotros, lo identificamos a él como el Ser Supremo y nos identificamos a nosotros como seres humanos. Sin embargo, esa distinción es un poco equívoca. Ambas descripciones usan la palabra *ser*, así que buscamos en los adjetivos modificadores para encontrar la diferencia entre Dios y nosotros: él es supremo y nosotros somos humanos. En realidad, la gran diferencia entre Dios y el hombre es el ser mismo. Dios es puro ser, un ser que tiene su vida por sí mismo eternamente. Un ser humano es una criatura, un ser cuya existencia misma depende a cada momento del poder del

Ser Supremo. El ser de Dios no depende de nada ni se deriva de nada. Él tiene el poder de ser en sí mismo.

Cuando los antiguos filósofos hablaban de la existencia, usando la palabra latina que significa "estar fuera de", estaban diciendo que existir significa estar fuera del ser. ¿Qué significa eso? Imagina dos círculos que no se superponen. El primer círculo es el "ser" y el segundo es el "no-ser", que es un término rebuscado para decir "nada". Ahora imagina una figura de palitos entre los dos círculos con los brazos estirados. Un brazo llega al círculo denominado "ser" y el otro llega al círculo denominado "no-ser". Esta es una ilustración de la humanidad. Participamos del ser, pero al mismo tiempo siempre estamos a solo un paso de la aniquilación. La única forma en que podemos continuar es mantener nuestra conexión con el círculo denominado "ser", porque ese círculo representa a Aquel en quien, como dijo el apóstol Pablo, "vivimos, y nos movemos, y somos" (Hechos 17:28), es decir, Dios. Pero aun cuando participamos en ese ser y somos sostenidos por ese ser, estamos a un paso de distancia del no-ser.

Nuestra figura de palitos imaginaria es una imagen de lo que los filósofos tenían en mente cuando hablaban de estar fuera del ser. Podemos decir que los humanos están en un estado de "devenir". Experimentamos el cambio. Lo que somos hoy es distinto a lo que éramos ayer y lo que seremos mañana, aunque solo sea el hecho de que envejezcamos veinticuatro horas al pasar de un día al otro. Es esta faceta de la humanidad, el cambio, lo que define la existencia. El cambio, la generación, el deterioro, el crecimiento, y el envejecimiento, todo esto son características de nuestra vida. Dios sin embargo, es eternamente constante. Él es el mismo ayer, hoy, y por siempre.

En suma, cuando los filósofos hablaban de la existencia, estaban definiendo lo que significa ser criatura. Por lo tanto, cuando les jugaba mi broma a mis alumnos del seminario, cuando afirmaba que Dios no existe, no

quería decir que no hay Dios. Simplemente quería decir que Dios no es una criatura. Él no está limitado por el espacio y el tiempo, sujeto a cambio, generación, y deterioro. Él es siempre y eternamente lo que es. El es el "YO SOY".

Cuando hablamos acerca de las personas de la Divinidad, típicamente no usamos la palabra *existencia*, pero sí usamos la palabra *subsistencia*. ¿Cuál es la diferencia entre estos términos? Habitualmente usamos la palabra subsistencia en nuestro vocabulario normal cuando hablamos de alguien que vive en la pobreza. Hablamos de un ingreso de subsistencia, que es un salario exiguo, o una dieta de subsistencia, que solo provee los nutrientes básicos. Nótese, no obstante, que esta palabra incluye el prefijo *sub*-, que significa "debajo". Por lo tanto, la subsistencia es existencia que está debajo de algo más. Esta idea está implicada en el concepto de Trinidad. Dios es un ser con tres subsistencias, con tres personas distintas. Ellas subsisten dentro del ser de Dios.

LA NATURALEZA PERSONAL DEL ESPÍRITU

El hecho de que el Espíritu Santo es una persona se aprecia en innumerables formas en la Escritura. Una de las evidencias primordiales es que la Biblia usa reiterada y sostenidamente pronombres personales para referirse a él. Se lo denomina "él", y no "esto" ni "eso". Además, él hace cosas que asociamos con la personalidad. Él enseña, inspira, guía, dirige, se entristece, nos convence de pecado, entre otras cosas. Los objetos impersonales no se comportan de esa forma. Solo una persona puede hacer esas cosas.

Pero en la Escritura no se considera al Espíritu Santo meramente como persona, sino además como alguien plenamente divino. Esto lo vemos en un curioso relato del libro de Hechos:

> Pero un hombre que se llamaba Ananías, junto con Safira, su mujer, vendió un terreno y, con el consentimiento de ella, sustrajo algo del dinero que recibió; así que llevó sólo una parte y la entregó a los apóstoles. Entonces Pedro le dijo: “Ananías, ¿por qué le permitiste a Satanás que entrara en ti para mentirle al Espíritu Santo y sustraer parte de tu dinero? ¿Acaso el terreno no era tuyo? Y, si lo vendías, ¿acaso no era tuyo el dinero? ¿Por qué decidiste hacer esto? No les has mentido a los hombres, sino a Dios” (5:1-4).

El pecado de Ananías y Safira fue que ellos pretendieron que su donación a la iglesia era más grande de lo que era. Ellos mintieron acerca de la naturaleza de la donación que le estaban haciendo a Dios. Yo creo que Pedro estaba más preocupado por el estado de las almas de ellos que por la cantidad de dinero que estaban contribuyendo. Nótese, sin embargo, las palabras de la reprensión de Pedro a Ananías y Safira. Él comenzó preguntando: “Ananías, ¿por qué le permitiste a Satanás que entrara en ti para mentirle al Espíritu Santo?”. Pero concluyó diciendo: “No les has mentido a los hombres, sino a Dios”. Por lo tanto, la mentira que Ananías le dijo al Espíritu Santo en realidad se la dijo a Dios. La clara implicación es que el Espíritu Santo es Dios.

ATRIBUTOS Y OBRAS DE DIOS

Además, el Nuevo Testamento a menudo describe al Espíritu Santo como con atributos que son claramente divinos. Por ejemplo, el Espíritu Santo es eterno (Hebreos 9:14) y omnisciente (1 Corintios 2:10-11). Ambos son atributos de Dios. Estos, además, son atributos incomunicables, atributos de Dios que el ser humano no puede compartir.

En la Escritura vemos que el Espíritu participa en las obras trinitarias de

creación y redención. Génesis 1 muestra que el Padre ordenó que el mundo llegara a ser. El Nuevo Testamento nos dice que el agente por medio del cual el Padre trajo a existencia el universo fue el *Logos*, la segunda persona de la Trinidad, nuestro Señor Jesucristo: “Por medio de él todas las cosas fueron creadas; sin él, nada de lo creado llegó a existir” (Juan 1:3, NVI). Sin embargo, el Espíritu también estaba involucrado en la creación: “El espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas” (Génesis 1:2). Por esta energizante obra del Espíritu, se produjo la vida.

Lo que es más importante, la redención es una obra trinitaria. El padre envió al Hijo al mundo (1 Juan 4:14). El Hijo realizó toda la obra necesaria para nuestra salvación: vivir una perfecta vida de obediencia y morir para hacer una perfecta satisfacción (Filipenses 3:9; 1 Corintios 15:3). Pero nada de esto nos resulta de provecho mientras no se nos aplique personalmente. Por lo tanto, el Padre y el Hijo enviaron el Espíritu Santo al mundo para aplicar en nosotros la salvación (Juan 15:26; Gálatas 4:6). El rol del Espíritu Santo en el Nuevo Testamento es principal y fundamentalmente aplicar la obra de Cristo en los creyentes.

¿Sabes quién es el Espíritu Santo? ¿Comprendes al Espíritu Santo en el sentido de una relación personal? ¿O el Espíritu sigue siendo para ti un concepto vago, nebuloso y abstracto, o una fuerza ilusoria y amorfa? Las fuerzas son de suyo impersonales. Pero el Espíritu Santo no es una mera fuerza abstracta. Él es una persona que potencia al pueblo de Dios para la vida cristiana. En los siguientes breves capítulos, consideraremos algunas de las formas en las que él lleva a cabo esa misión.



Capítulo dos

El Dador de vida

Durante la campaña de 1976 para la presidencia de Estados Unidos, Jimmy Carter hablaba de haber “nacido de nuevo”. Por aquel entonces, Charles Colson, que había sido consejero del Presidente Nixon, publicó un libro que relataba su conversión a Cristo. Se titulaba simplemente *Born Again* (Nacido de nuevo). Repentinamente, un término que solo había sido común entre los cristianos evangélicos fue catapultado a la prominencia en todo el país.

Desde entonces, la frase “nacer de nuevo” ha sido adoptada para todo tipo de usos que nada tienen que ver con el tipo de conversión espiritual que Carter y Colson tenían en mente. Por ejemplo, un deportista que experimenta una reaparición en su carrera podría hablar de haber “nacido de nuevo” respecto a sus habilidades. En cierto sentido, el verdadero significado de este

importante término se ha oscurecido por su frecuente uso y abuso.

La idea de nacer de nuevo, de experimentar un renacimiento espiritual, viene directamente de la enseñanza de Jesús. Esta enseñanza la encontramos en el capítulo 3 del evangelio de Juan, donde Juan registra un encuentro entre Jesús y un líder judío llamado Nicodemo.

Juan escribe: “Entre los fariseos había un hombre que, entre los judíos, era muy importante. Se llamaba Nicodemo. Éste vino de noche a ver a Jesús, y le dijo: ‘Rabí, sabemos que has venido de parte de Dios como maestro, porque nadie podría hacer estas señales que tú haces si Dios no estuviera con él’” (vv. 1-2). Nicodemo vino a Jesús de noche, aparentemente porque no quería que lo vieran con él, pero vino con adulación, elogiando a Jesús por haber “venido de parte de Dios como maestro”. Sin embargo, Jesús fue franco y le dijo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no nace de nuevo, no puede ver el reino de Dios” (v. 3). Jesús dijo que nacer de nuevo es una condición necesaria para entrar en el reino de Dios. Es la condición imprescindible. El que no está regenerado, no puede entrar en el reino de Dios.

Nicodemo no le entendió; él interpretó las palabras de Jesús de manera burda y física. Él le preguntó: “¿Y cómo puede un hombre nacer, siendo ya viejo? ¿Acaso puede entrar en el vientre de su madre, y volver a nacer?” (v. 4). Jesús le respondió por segunda vez y le dijo: “De cierto, de cierto te digo, que el que no nace de agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios” (v. 5). Así que la idea de nacer de nuevo o experimentar el renacimiento no fue invención de Jimmy Carter, Chuck Colson, ni de los evangélicos en general. Esta enseñanza es de suma importancia, porque en ella, Jesús menciona una condición necesaria para entrar en el reino de Dios.

A mí me incomoda un poco escuchar a una persona decir: “Yo soy un cristiano nacido de nuevo”. ¿Qué tiene de malo una afirmación como esa? Bueno, ¿qué otra clase de cristianos existe? Si el renacimiento es

absolutamente esencial para llegar al reino de Dios, como dijo Jesús que lo es, no puede existir cosa tal como un cristiano no nacido de nuevo. Decir “cristiano nacido de nuevo” es como hablar de un “cristiano cristiano”. Es una redundancia, una especie de tartamudeo teológico.

Por otra parte, ¿será posible ser un “no cristiano nacido de nuevo”? He escuchado a algunos decir: “Yo soy un musulmán nacido de nuevo”, o: “Yo soy un budista nacido de nuevo”. Yo quiero decirles que si ellos han nacido de nuevo en el sentido del Nuevo Testamento, ya no son musulmanes ni budistas. Las únicas personas que nacen de nuevo son los cristianos.

DE LA MUERTE ESPIRITUAL A LA VIDA

Es muy importante que tengamos una comprensión precisa de la obra del Espíritu Santo en el nuevo nacimiento espiritual. Uno de los mejores lugares donde adquirir tal comprensión es el segundo capítulo de la carta del apóstol Pablo a los Efesios. Ahí leemos:

> A ustedes, él les dio vida cuando aún estaban muertos en sus delitos y pecados, los cuales en otro tiempo practicaron, pues vivían de acuerdo a la corriente de este mundo y en conformidad con el príncipe del poder del aire, que es el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia. Entre ellos todos nosotros también vivimos en otro tiempo. Seguíamos los deseos de nuestra naturaleza humana y hacíamos lo que nuestra naturaleza y nuestros pensamientos nos llevaban a hacer. Éramos por naturaleza objetos de ira, como los demás. Pero Dios, cuya misericordia es abundante, por el gran amor con que nos amó, nos dio vida junto con Cristo, aun cuando estábamos muertos en nuestros pecados (la gracia de Dios los ha salvado) (vv. 1-6).

El lenguaje y la imaginería que usa el apóstol en este texto tienen relación con la vida y la muerte. Él declara que a los cristianos se les “dio vida”. Pero si ahora están vivos, ¿cómo estaban antes? Estaban “muertos en sus delitos y pecados”. Por lo tanto, Pablo está hablando de algún tipo de resurrección, una transformación de personas que están muertas a una nueva vida.

Es necesario que entendamos qué tipo de muerte está aquí en consideración. Pablo no está hablando de resurrección física porque no está hablando de muerte física. Las personas que han sido revividas por el Espíritu Santo eran especímenes biológicos vivos y estaban respirando antes de esa experiencia. Antes de volverme cristiano, mi corazón latía, mis pulmones se llenaban y vaciaban, y mi cerebro estaba activo (aunque a veces mis profesores lo dudaban). Pero yo estaba espiritualmente muerto. Estaba muerto a las cosas de Dios porque yo existía única y totalmente en lo que Jesús y los apóstoles llamaron “la carne”.

En su conversación con Nicodemo, después de explicar que nadie puede entrar en el reino de Dios a menos que nazca del agua y del Espíritu, Jesús continuó diciendo: “Lo que nace de la carne, carne es; y lo que nace del Espíritu, espíritu es. No te maravilles de que te dije que es necesario que ustedes nazcan de nuevo. El viento sopla de donde quiere, y lo puedes oír; pero no sabes de dónde viene, ni a dónde va. Así es todo aquel que nace del Espíritu” (Juan 3:6-8).

Aquí, Jesús distinguió entre el poder del Espíritu Santo y el poder de la carne humana. Él dijo: “Lo que nace de la carne, carne es”. Él estaba hablando de las personas, y no estaba simplemente diciendo que los seres humanos nacen con cuerpos físicos, sino que nacen en una condición caída. Esto significa que no tienen vida espiritual. En lugar de ello, nacen espiritualmente muertos.

Quizá en toda la santa Escritura no haya nada que sea más repulsivo para el

hombre moderno que esta afirmación de que cada ser humano nace en un estado de muerte espiritual. Esta idea es repulsiva incluso para la comunidad cristiana en general. La mayoría de los cristianos profesos reconocen que hay cierto defecto en la raza humana, que todos somos pecadores y ninguno de nosotros es perfecto. Pero ni un cristiano entre cien cree realmente que cada ser humano ya esté espiritualmente muerto cuando viene al mundo. Incluso Billy Graham solía decir que el ser humano está mortalmente enfermo, al grado de que está un noventa y nueve por ciento muerto, pero él no llegaba al cien por ciento. El rechazo de esta idea es tan generalizado que algunos de los principales voceros del cristianismo están dispuestos a contradecirla. No aceptan la idea de una total muerte espiritual.

No obstante, eso es claramente lo que Pablo está diciendo. Desde que venimos al mundo estamos muertos espiritualmente —no solo débiles, aquejados, gravemente enfermos, o en coma. No hay latido espiritual, ni respiración espiritual, ni actividad cerebral espiritual. Somos mortinatos espiritualmente, y así permanecemos —a menos que Dios el Espíritu Santo nos dé vida.

SIGUIENDO UNA CORRIENTE Y A UN PRÍNCIPE

Pablo les dice a los efesios: “[Ustedes] estaban muertos en sus delitos y pecados, los cuales en otro tiempo practicaron, pues vivían de acuerdo a la corriente de este mundo y en conformidad con el príncipe del poder del aire” (2:1). Él se está dirigiendo a cristianos, pero todos los cristianos en algún punto de sus vidas son no cristianos, y todos los no cristianos manifiestan un patrón de conducta. Pablo dice que los que están espiritualmente muertos siguen una corriente y a un príncipe.

En Romanos 3, Pablo escribe: “¡No hay ni uno solo que sea justo! No hay

quien entienda; no hay quien busque a Dios. Todos se desviaron, a una se han corrompido. No hay quien haga lo bueno, ¡no hay ni siquiera uno!” (vv. 10b-12). Él dice que “todos se desviaron”, se apartaron del camino. Si por naturaleza no buscamos a Dios, ¿debería sorprendernos el que nos desviemos del camino a Dios? Me parece fascinante que en el Nuevo Testamento los seguidores de Cristo no se hicieran llamar “cristianos”. Se les llamó cristianos por primera vez en Antioquía (Hechos 11:26), pero se cree que el término fue inventado por no cristianos para mofarse de ellos. El término o frase que los cristianos usaron para describirse a sí mismos al comienzo fue la gente del “Camino” (Hechos 19:9, 23), porque habían oído a Cristo hablar de dos caminos, uno angosto y el otro ancho (Mateo 7:13-14). La gran mayoría de las personas transita por el camino equivocado. De hecho, todos comenzamos por ese camino, porque el camino ancho es la corriente del mundo. Pablo dice: “Este es el camino en el que todos anduvimos en algún momento” (ver Efesios 2:3). Estar espiritualmente muerto es ser mundano. Es aceptar y seguir como esclavos los valores y costumbres de la cultura secular.

Los espiritualmente muertos no solo siguen la corriente de este mundo, sino que también siguen al “príncipe del poder del aire” (v. 2). ¿Hay alguna duda sobre en quién está pensando aquí Pablo? Este es su título para Satanás, “el espíritu que ahora opera en los hijos de desobediencia” (v. 2). Todos aquellos que están espiritualmente muertos siguen los deseos de Satanás al rechazar a Dios y sus justos requerimientos.

Este es, pues, nuestro estado natural. Esta es una imagen de lo que la teología llama pecado original, el estado de corrupción mortal, de muerte espiritual, en el cual todos nacemos.

UNA OBRA DE RE-CREACIÓN

Es el ministerio y la obra del Espíritu Santo venir a las personas que están espiritualmente muertas, que caminan según la corriente de este mundo y según el príncipe de la potestad del aire, satisfaciendo los apetitos de la carne y la mente de ellos, y re-crearlos en la regeneración. “Regenerar” significa “generar de nuevo”. Mediante la regeneración, el Espíritu da vida a las personas que no tienen vida espiritual.

La regeneración es una obra que el Espíritu Santo realiza inmediatamente en el alma de las personas. Cuando digo “inmediatamente”, no quiero decir “rápidamente”, sino “sin ningún medio interventor”. Él no le da a la persona una dosis de medicina; en lugar de ello, el Espíritu saca vida espiritual de la muerte espiritual directamente. Esta obra inmediata la vemos expresada en las palabras que el ángel Gabriel le dijo a María: “El Espíritu Santo vendrá sobre ti, y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra” (Lucas 1:35). En esa situación, la vida de Jesús fue generada inmediata y directamente, no a través de los procesos reproductivos normales.

En este sentido, en la redención vemos una especie de recapitulación del poder del Espíritu Santo manifestado en la creación. El mismo Dios que creó el mundo redime el mundo. La obra de creación fue trinitaria tal como la obra de la redención es trinitaria. Esto lo vemos claramente en Génesis 1, donde leemos: “Dios, en el principio, creó los cielos y la tierra. La tierra estaba desordenada y vacía, las tinieblas cubrían la faz del abismo” (vv. 1-2a). Estas son las primeras oraciones de la santa Escritura. Inmediatamente después de estos versos, leemos una breve descripción de la actividad de Dios en medio de esta oscuridad, el vacío y la informidad: “Y el Espíritu de Dios se movía sobre la superficie de las aguas” (v. 2b). En el Nuevo Testamento se retrata al Espíritu Santo como una paloma; aquí posiblemente se le retrata como un ave madre que se cierne sobre sus polluelos para protegerlos. Jesús expresó parte de este concepto cuando se lamentó por la ciudad de Jerusalén y dijo:

“¡Jerusalén, Jerusalén, que matas a los profetas y apedreas a los que son enviados a ti! ¡Cuántas veces quise juntar a tus hijos, como junta la gallina a sus polluelos debajo de sus alas, y no quisiste!” (Lucas 13:34). El Espíritu se movía sobre la creación para guiarla y protegerla, y lo mismo hace en la obra de regeneración.

La Escritura deja claro que una de las cosas que Dios y solo Dios puede hacer es sacar vida de la muerte y algo de la nada. Lo siguiente que ocurrió en la creación fue que Dios creó la luz: “Y dijo Dios: ‘¡Que haya luz!’ Y hubo luz” (Génesis 1:3). Dios no necesitó presionar un interruptor o frotar dos varas para producir una chispa y crear la luz. Su soberana orden creó la luz. Del mismo modo, su poder divino produce vida donde no hay vida.

Jesús se paró frente a la tumba de Lázaro, quien había estado muerto por cuatro días, y gritó con fuerte voz: “Lázaro, ven fuera” (Juan 11:43). Cuando Jesús dijo esas palabras, el corazón de Lázaro comenzó instantáneamente a latir y a bombear sangre. Se reinició la actividad cerebral. La vida volvió al cuerpo, y Lázaro salió de la tumba. Eso es exactamente lo que nos sucede en nuestro renacimiento. El mismo Espíritu que sacó vida del abismo y devolvió a Lázaro de la tumba nos levanta de la muerte espiritual haciéndonos nacer por segunda vez.



El Abogado

En el siglo XIX, dos filósofos de Europa causaron un enorme impacto en su cultura y en la historia posterior. Ambos estaban muy preocupados por la corrupción de la civilización occidental. Ambos describieron a la Europa del siglo XIX como decadente. Pero cada uno de ellos vio razones muy distintas para esa decadencia y propusieron soluciones muy distintas.

Uno de ellos era Søren Kierkegaard (1813–55), un filósofo danés. Él se quejaba de que el motivo de la decadencia de la civilización en su época era un fracaso en aplicar el cristianismo de un modo vital en la vida diaria. Él creía que el cristianismo se había vuelto en gran medida una ortodoxia muerta que era desapasionada y distante de los asuntos cotidianos. Como él lo expresó, su época era "insignificante". Por lo tanto, él clamaba por el regreso de la pasión a la vida cristiana. Cuando se desanimaba acerca de esto, a él le

gustaba volverse a las páginas del Antiguo Testamento, pues allí encontraba personas que parecían más reales. Eran santos y pecadores, y no había nada falso, fingido, ni artificial en ellos. Dios realmente actuaba en sus vidas, y ellos a su vez tenían pasión por él.

Otro profesor me preguntó una vez: “¿Cómo evalúas tú la fuerza de la iglesia de hoy?” Yo respondí que me quedaba cada vez más claro que muchas personas de la iglesia tienen una fe vibrante, creen en las doctrinas cardinales de la Escritura, etc., pero pocos de ellos ven la fe cristiana como una misión, como una profunda inquietud en sus vidas. Eso era lo que Kierkegaard anhelaba ver.

El otro filósofo que denunció la muerte de la civilización fue el alemán Friedrich Nietzsche (1844-1900). Sin embargo, Nietzsche creía que el mayor problema de la civilización de Occidente era la maligna influencia del cristianismo. Él estaba convencido de que la ética del cristianismo, con sus virtudes de mansedumbre y bondad, había incapacitado a la raza humana. Él sentía que el cristianismo negaba y debilitaba la pasión humana más básica de todas: la voluntad de poder. La vida, decía Nietzsche, es una lucha por el poder. Todos estamos involucrados en una empresa competitiva, intentando dominar a los demás.

En consecuencia, Nietzsche llamó a una nueva civilización que sería iniciada por un nuevo tipo de seres humanos, un nuevo género de héroe existencial, al que él llamó *Übermensch*, el “superhombre”. Él describió al superhombre como alguien que construiría su hogar en la ladera del volcán Vesubio. De esta forma, construiría su hogar en un lugar donde podría ser destruido en cualquier momento, si el volcán hacía erupción. Asimismo, zarparía con sus naves hacia mares incógnitos. Podría encontrar monstruos marinos o tempestades que volcarían su barco y lo matarían, pero eso no sería un obstáculo para el superhombre.

Según el concepto de Nietzsche, el superhombre es principalmente un conquistador y su principal virtud es el valor, porque Nietzsche creía que el valor era lo que más faltaba en la cultura decimonónica. Pero cuando Nietzsche habló del valor, él le dio un extraño giro. Él llamó a un “valor dialéctico”. En filosofía, la palabra *dialéctico* tiene que ver con un estado de contradicción, donde algo es la antítesis de otra cosa. Estas cosas nunca pueden resolverse. ¿Qué es, entonces, el valor dialéctico? Nietzsche llegó a la conclusión de que la vida en última instancia es nihilista o absurda. Él creía que Dios está muerto, y como no hay Dios, no existe cosa tal como la bondad o la verdad absolutas. La existencia humana no tiene una significación objetiva; el significado de la vida solo es el que nosotros le damos. Por lo tanto, tenemos que manifestar valor en un mundo que no es tanto hostil como indiferente, y eso es lo que hará el superhombre. Este es el valor dialéctico: valor frente a la indiferencia del universo. En esencia, Nietzsche estaba diciendo: “La vida no tiene sentido; por lo tanto, ten valor. Tu valor no tiene sentido, pero tenlo de todas formas”.

“OTRO CONSOLADOR”

¿Qué tienen que ver Kierkegaard y Nietzsche con la obra del Espíritu Santo? En el aposento alto, la noche anterior a su crucifixión, Jesús les hizo a sus discípulos algunas importantes promesas concernientes al Espíritu Santo. Les dijo que él estaba pronto a partir y ellos no podrían ir con él, pero les prometió: “Yo rogaré al Padre, y él les dará otro Consolador, para que esté con ustedes para siempre” (Juan 14:16). Algunas traducciones usan la palabra “Defensor” o “Protector”. La palabra griega que se traduce como “Consolador” o “Defensor” es *parákletos*; es la fuente de la palabra española “paráclito”. Esta palabra incluye un prefijo, *para-*, que significa “junto a”, y

una raíz que es una forma del verbo *kletos*, que significa “llamar”. Por lo tanto, *parakletos* era alguien que estaba llamado a estar junto a otro. Usualmente se aplicaba a un abogado, pero no cualquier abogado. Técnicamente, el *parakletos* era el abogado familiar que estaba en servicio permanente. Cada vez que surgía un problema en la familia, se llamaba al *parakletos*, quien venía de inmediato para ayudar en la pugna. Así es nuestra relación con el Espíritu Santo. Nosotros somos parte de la familia de Dios, y el abogado familiar es el propio Espíritu Santo. Él está siempre presente para venir a nuestro lado y ayudarnos en momentos de dificultad.

Yo creo que la mayoría de las traducciones hacen un pobre trabajo al traducir *parakletos*, en particular las que lo vierten como “Consolador”. Esa traducción no capta el punto. Cuando Jesús dijo que le pediría al Padre que enviara otro Paráclito a los discípulos, no estaba hablando de alguien que vendría y sanaría sus heridas cuando estuvieran lastimados y abatidos. Por supuesto, una de las obras vitales del Espíritu Santo es traer consuelo al corazón quebrantado; él es un bálsamo de Galaad cuando estamos en medio del pesar y la angustia. Pero debemos recordar el contexto en el que Jesús prometió enviar el Espíritu: él estaba diciendo a sus discípulos que estaba a punto de dejarlos. Ellos iban a estar sin él en medio de un mundo hostil, donde serían odiados como él había sido odiado. Cada momento de sus vidas estaría lleno de presión, hostilidad, y persecución del mundo. Nadie quiere entrar en ese tipo de escenario sin ayuda.

Los traductores de la versión inglesa King James decidieron traducir *parakletos* con la palabra inglesa *Comforter* (consolar, confortar) porque en aquella época el idioma inglés estaba más estrechamente conectado con sus raíces históricas en el latín. Hoy la palabra se entiende en el sentido de consolar en medio de una dificultad. Pero su significado original era distinto. Se deriva de la palabra latina *comfortis*, que constaba de un prefijo (*com*-,

“con”), y una raíz (*fortis*, “fuerte”). En consecuencia, originalmente la palabra contenía el significado de “con fuerza”. Por lo tanto, los traductores de la versión King James nos estaban diciendo que el Espíritu Santo no viene a la gente de Cristo a sanar sus heridas *después* de la batalla, sino a fortalecerlos *antes* y *durante* la lucha. La idea es que la iglesia opera no tanto como un hospital sino como un ejército, y el Espíritu Santo viene a potenciar y fortalecer a los cristianos, a asegurar la victoria o la conquista.

“MÁS QUE VENCEDORES”

Por lo tanto, Nietzsche dijo: “La vida no tiene sentido, pero ten valor de todos modos”. Jesús también llamó a su gente a tener valor ante la dificultad, la adversidad, y la hostilidad, pero no los llamó a un valor infundado. Como sabemos, Jesús dijo a sus discípulos: “Anímense” (Juan 16:33, NVI), o según otras versiones: “Tengan valor”. Sin embargo, él no les dijo que tuviesen valor solo por tener valor. Él les dio un motivo por el que debían tener un sentido de confianza y seguridad para la vida cristiana. Él les dijo: “¡Anímense! Yo he vencido al mundo”.

Nietzsche quería un superhombre, un conquistador. Él debería haber mirado a Cristo. Él venció al mundo, y lo hizo con el poder del mismo Espíritu que envía a su pueblo. El Espíritu Santo viene para darle fuerza y poder al pueblo de Dios. A consecuencia de ello, la Escritura dice: “Somos más que vencedores por medio de aquel que nos amó” (Romanos 8:37). Eso está un escalón más alto que Nietzsche.

Por lo tanto, la obra del Espíritu Santo complementa la obra de Cristo. Cristo fue el primer Paráclito, quien vino a fortalecernos con su muerte expiatoria. Ahora, la capacitación para vivir la vida que Cristo nos ha llamado a vivir nos es dada por el Espíritu Santo.



El Santificador

Dime, ¿te has preguntado alguna vez por qué el Espíritu Santo se llama "el Espíritu Santo"? Él es santo, desde luego, pero Dios el Padre también es conocido por su santidad sin mancha, y esa santidad es también un atributo de Dios el Hijo. En ningún sentido el Espíritu Santo posee un mayor grado o medida de santidad que los otros dos miembros de la Trinidad. Por lo tanto, no es su superabundante santidad lo que nos lleva a llamarlo Espíritu Santo. Asimismo, el Espíritu es, en efecto, un espíritu, pero Dios el Padre también es un espíritu, y Dios el Hijo es un espíritu en su ser, como el *Logos*, la segunda persona de la Trinidad. Por tanto, queda claro que no es porque él sea espíritu que designamos a la tercera persona de la Trinidad como el Espíritu Santo.

Hay un par de razones por las que la tercera persona se conoce como el

Espíritu Santo. En primer lugar, el término *santo* se añade a su título debido a la particular labor que desempeña el Espíritu en nuestra redención. Entre las personas de la Trinidad, el Espíritu es el principal actor que trabaja para nuestra santificación, permitiendo el proceso por el cual somos conformados a la imagen de Cristo y somos hechos santos.

Los cristianos suelen preguntarme: "¿Cuál es la voluntad para mi vida?". Ellos tienen todo tipo de preguntas sobre con quién deberían casarse, qué carrera deberían seguir, y un sinnúmero de otras decisiones. Pero la Biblia es muy clara respecto a la voluntad primordial de Dios para nuestra vida. El apóstol Pablo escribe: "La voluntad de Dios es que ustedes sean santificados" (1 Tesalonicenses 4:3a). En otras ocasiones, oigo a los cristianos hablar de ser guiados por el Espíritu a hacer algo. Sí, el Espíritu Santo a veces conduce a las personas a destinos específicos o a tareas específicas, pero la conducción primordial del Espíritu, según se expone en la Escritura, lleva a la santidad. Es su poder actuando en nosotros el que nos ayuda a crecer en santidad. Necesitamos ser muy cuidadosos de ir a las páginas de la Escritura para aprender acerca de la voluntad de Dios y la dirección del Espíritu, y no simplemente escuchar las enseñanzas populares de la subcultura cristiana en la que vivimos. Por lo tanto, un motivo primordial por el que el Espíritu Santo se denomina Espíritu Santo es que su labor específica consiste en capacitar a los seguidores de Cristo en su búsqueda de la santificación.

En segundo lugar, la tercera persona se llama Espíritu Santo porque hay más de un tipo de espíritu. La Escritura distingue entre el espíritu del hombre y el Espíritu de Dios. Pero aun más importante para nuestra consideración aquí es que la Biblia habla de espíritus malignos, espíritus que no vienen de Dios, espíritus demoníacos que desean impedir el progreso del cristiano en su búsqueda de la santificación. La diferencia clave entre estos espíritus malignos y el Espíritu Santo está precisamente en el punto de la santidad. Los

espíritus malignos son profanos, pero el Espíritu Santo es absolutamente santo. Es a causa de esta distinción que el apóstol Juan nos advierte: “Amados, no crean a todo espíritu, sino pongan a prueba los espíritus, para ver si son de Dios” (1 Juan 4:1a).

JUSTIFICACIÓN DE NUESTRO PECADO

Hago hincapié en estos puntos por este motivo: en el mundo cristiano, muchos de nosotros somos maestros en la justificación de nuestro pecado, y una de las principales formas en que lo hacemos es decir que el Espíritu Santo nos guió a hacer tal o cual cosa. Este no es un problema con el que me encuentre cada diez años. Por lo menos una vez a la semana hablo con un cristiano profeso que me dice que se está divorciando sin fundamentos bíblicos, está entrando en un matrimonio en oposición a los requisitos bíblicos para el matrimonio, u operando un negocio según principios no bíblicos. Ellos hacen esto o aquello, e invariablemente me cuentan que se sienten libres de hacerlo porque “oré al respecto y Dios me ha dado paz”, o “el Espíritu Santo me ha guiado a hacerlo”.

Cuando escucho este tipo de justificaciones para la conducta contraria a la Biblia, me doy cuenta de que quizá la persona realmente cree lo que me está relatando, pero lo que dice no es verdad. Está hablando erradamente, y el error es muy grave. Lo sé por dos motivos, y estos motivos se fundamentan en dos designaciones cruciales acerca del carácter del Espíritu de Dios. La primera es que él es el Espíritu *Santo*. El segundo es que Jesús reiteradamente lo llamó “el Espíritu de verdad” (Juan 14:17; 15:26; 16:13). El Espíritu Santo nunca nos incita a hacer algo que no sea santo. Tampoco el Espíritu Santo nos inclinará a adoptar una mentira.

Nos referimos a la Biblia como la Palabra de Dios, y lo es. Una de las

razones por la que la iglesia ha confesado su fe en que las Escrituras son la Palabra de Dios es la afirmación bíblica de que las palabras de la santa Escritura fueron originalmente inspiradas por Dios el Espíritu Santo. Desde luego, la Biblia enseña que el Espíritu Santo no solo inspiró la escritura de los libros bíblicos, sino que él actúa para iluminar la Escritura y aplicarla a nuestro entendimiento. Pablo escribe: "Dios no es Dios de confusión" (1 Corintios 14:33a), y eso incluye al Espíritu Santo. Esto significa que el Espíritu Santo nunca nos enseña que hagamos algo que él prohíbe explícitamente en la sagrada Escritura.

Por lo tanto, cuando la Biblia nos dice que debemos probar los espíritus para ver si son de Dios, ¿cómo debemos hacerlo? ¿Qué tipo de prueba deberíamos emplear? Obviamente, la prueba debe ser bíblica, porque sabemos que en las Escrituras tenemos la enseñanza del Espíritu de verdad. Por lo tanto, si tengo una inclinación interna, una corazonada, o un deseo, y quiero asociar esa dirección interna con el Espíritu Santo, pero también veo que esta inclinación en mi corazón claramente se opone a lo que se enseña en la Escritura, tengo una prueba positiva de que estoy confundiendo la lujuria, la codicia, o algún otro sentimiento interno con la dirección del Espíritu Santo. Hacer eso es algo horrible.

Hoy en día casi nunca oímos hablar de esto en la comunidad cristiana, porque los cristianos fácilmente aparentan ser espirituales diciendo que Dios puso esto o aquello en sus corazones o que Dios los guió a hacer diversas cosas. Cada vez que escucho una afirmación semejante, quiero decirle a la persona: "¿Cómo *sabes* que Dios puso eso en tu corazón? ¿Cómo sabes que esa no es una manifestación de tu propia ambición o de tu propia avaricia?". Quiero que la persona me muestre la base bíblica para su afirmación. Como dije anteriormente, yo no dudo que el Espíritu Santo pueda poner una carga en un creyente y puede guiar sobrenaturalmente a un creyente, pero siempre

lo hace conforme a las Escrituras y a través de ellas. Él nunca va en contra de su propia revelación en la Biblia. Por lo tanto, la forma de probar los espíritus es juzgarlos por la propia verdad del Espíritu.

HOSTILIDAD HACIA LA DOCTRINA

Parte de nuestro crecimiento en la santificación es el crecimiento en nuestra comprensión de las cosas de Dios. Lamentablemente, tengo serias preocupaciones acerca de un movimiento que al parecer está revolucionando el mundo cristiano. Me parece que existe una generalizada indiferencia y a veces hostilidad hacia el estudio de la doctrina o la teología. De hecho, he oído decir que existen dos tipos de personas en la iglesia, los que creen que la teología es importante y los que no creen que sea importante. Pero hubo un comentario concluyente: se dijo que las personas que se preocupan por la teología no muestran amor, y eso es un problema porque Dios está más preocupado de que amemos que de que sepamos teología.

Yo quedé profundamente consternado cuando escuché eso. Por supuesto, yo había escuchado expresiones de antipatía hacia la doctrina antes, y concedo que el estudio de la doctrina puede conducir a una ortodoxia muerta que no es piadosa en absoluto. Creo que todos sabemos que es posible estudiar doctrina como ejercicio espiritual y no amar a Dios ni a los demás. Pero otra cosa es generalizar este problema y concluir que si realmente nos ocupamos del estudio de la teología cristiana, definitivamente no podemos ser amorosos, así que la mejor forma de tener amor es evitar la teología. Piensa en las implicaciones de esto. Tal conclusión significa que la mejor forma de mostrar amor es evitar todo lo posible una comprensión de las cosas de Dios. El estudio de la teología es simplemente el estudio del carácter de Dios, cuya virtud suprema es el amor. La teología sólida efectivamente

enseña la importancia central del amor y nos inclina a amar al Dios de las Escrituras y también a los demás.

Tal antipatía hacia la doctrina suele expresarse en el contexto de una controversia teológica. La gente puede volverse desagradable a ambos lados de los debates teológicos. Pero otros evaden toda controversia. Ellos suelen decir: “No me importa esta controversia ni la doctrina en general, yo solo creo que necesitamos mostrarnos más amor unos a otros”. ¿Pero es amor permitir que errores teológicos graves permanezcan sin ser cuestionados? ¿Fue poco amoroso Pablo cuando discutía diariamente en el mercado acerca de las cosas de Dios (Hechos 17:17)? ¿Fue poco amoroso Jesús cuando confrontó la enseñanza de los fariseos? ¿Fueron poco amorosos los profetas del antiguo Israel cuando reprendieron y amonestaron a los falsos profetas? ¿Fue poco amoroso Elías cuando disputó con los profetas de Baal (1 Reyes 18)? No puedo imaginar que alguien de entre la multitud en el Monte Carmelo aquel día dijera: “Ustedes pueden seguir a Elías si quieren, pero yo no. Puede que tenga la verdad de su lado, pero él no muestra amor. Miren los que les hizo a los profetas de Baal. ¡Qué falta de amor!”. Luchar por la verdad de Dios es un acto de amor, no una señal de falta de amor. Si amamos a Dios, si amamos a Cristo, si amamos la iglesia, debemos amar la verdad que define la esencia misma del cristianismo.

Una vez escuché otro inquietante comentario: “El cristianismo se trata de relaciones, no de proposiciones”. La persona siguió diciendo que además el cristianismo está preocupado por la verdad, pero yo no pude unir esas dos declaraciones. Si el cristianismo no se trata de proposiciones, ¿de qué tipo de verdad se trata? Creo que la influencia del existencialismo en la cultura en general y en la iglesia en particular ha producido algo que las generaciones previas no conocieron: la teología relacional. En palabras simples, la teología relacional es un sistema teológico cuyo contenido y significado está

determinado por las relaciones. Está solo a medio paso del puro relativismo. Este es el tipo de teología que dice que si tú crees que Dios es uno y yo creo que Dios es tres en uno, lo que realmente importa es nuestra relación personal. La verdad está determinada por las relaciones, no por las proposiciones. Por ejemplo, si yo digo que Jesús murió en la cruz para expiación y otra persona dice que su muerte no fue expiatoria, no lo discutimos, no sea que dañemos nuestra relación. La relación debe preservarse aun si la verdad se pierde.

EL OBJETIVO DE CONOCER A DIOS

Emil Brunner, el teólogo suizo del siglo XX y uno de los padres de la teología neoortodoxa, escribió un librito titulado *La verdad como encuentro*. Su tesis era que cuando estudiamos las cosas de Dios, no estamos estudiando la verdad en abstracto. Queremos entender la teología no meramente para sacar una buena calificación en un examen de teología. Queremos entender la doctrina de Dios para poder entender a Dios, para poder encontrar al Dios vivo en su Palabra y profundizar nuestra relación personal con él. Pero no podemos profundizar una relación con alguien si no sabemos nada sobre él. Por lo tanto, las proposiciones de la Escritura no son un fin en sí mismas sino un medio para un fin. Sin embargo, tales proposiciones son un medio *necesario* para el fin. Por tanto, decir que el cristianismo no se trata de proposiciones sino de relaciones es establecer una falsa dicotomía extremadamente peligrosa. Es insultar al Espíritu de verdad, de quien proceden las proposiciones. Las proposiciones deberían ser nuestra comida y bebida, porque ellas definen la vida cristiana.

Hace poco leí algunas cartas al editor de una revista cristiana. Una de ellas desdeñaba a los académicos cristianos con grados avanzados. El escritor de la

carta acusaba que tales hombres disfrutaban de estudiar a fondo las palabras de las enseñanzas de Cristo en los idiomas antiguos con el fin de demostrar que en realidad él no dijo lo que aparentemente dice en las Biblias en nuestro idioma. Obviamente había una actitud negativa hacia cualquier estudio serio de la Palabra de Dios. Desde luego, hay estudiosos que son así, que analizan una palabra en seis idiomas distintos y aún así acaban por errar su significado, pero eso no significa que no debamos embarcarnos en un serio estudio de la Palabra de Dios para no acabar como estos estudiosos profanos. Otro correspondiente expresaba la postura de que las personas que se involucran en el estudio de la doctrina no se preocupan por el dolor que la gente experimenta en este mundo. En mi experiencia, sin embargo, es prácticamente imposible experimentar dolor y no hacerse preguntas acerca de la verdad. Todos queremos saber la verdad acerca del sufrimiento, y específicamente, dónde está Dios en nuestro dolor. Esa es una preocupación teológica. La respuesta nos llega desde la Escritura, la cual revela la mente de Dios mismo mediante la acción del Espíritu Santo, quien se llama el Espíritu de verdad. No podemos amar a Dios en absoluto si no amamos su verdad.

Me parece muy lamentable que en la sofisticada cultura occidental de hoy la gente esté más familiarizada con los doce signos del zodíaco que con las doce tribus de Israel o los doce apóstoles. A nuestro mundo le gusta verse a sí mismo sofisticado y tecnológico, pero sigue lleno de superstición. Los cristianos no son inmunes a esto. También nosotros podemos sucumbir al deseo de la nueva era del poder para manipular nuestro entorno. No tenemos que ir tan lejos como aceptar la tonta idea de que el curso de las estrellas determina nuestro destino, nuestra prosperidad, nuestros logros y nuestro éxito. No obstante, es igualmente supersticioso equiparar nuestros sentimientos e inclinaciones con la dirección del Espíritu Santo. Aparentemente, es mucho más emocionante vivir con una desenvuelta

apertura a la dirección del Espíritu Santo en lugar de practicar la laboriosa disciplina de dominar su Palabra. Este es un terreno extremadamente peligroso. Si queremos hacer la voluntad del Padre, necesitamos estudiar la Palabra del Padre —y dejar la magia para los astrólogos.

Capítulo cinco

El Que unge

A través del Antiguo Testamento, el Espíritu Santo es una presencia fugaz. Aparece de tanto en tanto, pero su ministerio nunca se describe con gran detalle. El único rol que desempeña reiteradamente es el de capacitar a los líderes de Israel para las tareas que Dios les había dado. Estos líderes eran los que recibían la labor "ungida" de profeta, sacerdote, y rey. El Espíritu reposaba sobre estos hombres, aunque su presencia con ellos solía ser temporal; él los ungía para capacitarlos para tareas específicas.

Existen numerosos ejemplos de la unción del Espíritu Santo a los líderes del Antiguo Testamento: "El Espíritu del Señor vino sobre Otoniel, y así Otoniel se convirtió en caudillo de Israel" (Jueces 3:10, NVI); "el Espíritu del Señor vino sobre Jefté" (11:29a); "el Espíritu de Dios vino sobre [Saúl] con poder" (1 Samuel 11:6a); "Samuel tomó entonces el cuerno en donde llevaba

el aceite, y lo ungió como rey en presencia de sus hermanos. Y a partir de ese día el Espíritu del Señor estuvo sobre David" (16:13a). De manera similar, vemos ejemplos del Espíritu reposando sobre los profetas cuando recibían su llamado para hablar a nombre de Dios (1 Reyes 17:2; Jeremías 1:4). Y la unción del Espíritu a los sacerdotes se retrata en su unción con aceite (Éxodo 29:21). Una vez más, sin embargo, estos ejemplos muestran que la unción del Espíritu para el ministerio era limitada. Pero el Antiguo Testamento dio indicios de que un día la naturaleza de la unción del Espíritu sería mucho más amplia y duradera.

Uno de estos indicios se encuentra en el libro de Números. Allí leemos:

> Pero la gente extranjera que se mezcló con ellos sintió un apetito incontenible, y los hijos de Israel volvieron a llorar y dijeron: "¡Cómo nos gustaría que alguien nos diera a comer carne! ¡Cómo extrañamos el pescado que comíamos en Egipto! ¡Y los pepinos, melones, puerros, cebollas y ajos que nos regalaban! ¡Ahora andamos con la garganta reseca, pues no vemos nada más que este maná!" El maná se parecía a la semilla de culantro; tenía un color como de bedelio, y su sabor era como el del aceite nuevo. El pueblo se esparcía para recogerlo, y lo desmenuzaba entre dos piedras o lo machacaba en morteros, y lo cocía en un caldero o hacía tortas con él. Durante la noche, al caer el rocío, el maná caía también sobre el campamento (11:4-9).

Pongamos este hecho en contexto. Dios redimió a Israel de la esclavitud de Egipto. Mientras los guiaba a través del desierto hacia la Tierra Prometida, él se preocupaba de sus necesidades diarias, dándoles provisiones milagrosas desde el cielo en forma de maná. Al principio, el pueblo de Israel se regocijaba por su libertad y la bondadosa mano de la providencia que les daba alimento cada día. Pero pronto se mostraron descontentos. Olvidaron los

látigos, la tortura, el sudor y el empobrecimiento de su esclavitud; ahora sus sueños más profundos estaban llenos de visiones del pescado, los pepinos, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos que habían comido en Egipto. Estaban desconformes por tener que comer lo mismo, maná, en cada comida. Cuando leo sobre su insatisfacción, no puedo evitar reírme por lo bajo. Realmente el pasto siempre es más verde al otro lado, o así nos parece.

El relato de Números continúa y leemos: "Moisés oyó que el pueblo lloraba por sus familias, cada uno a la puerta de su tienda, y la ira del Señor se encendió en gran manera, y también a Moisés le pareció mal" (v. 10). Al parecer, en ese punto todos estaban molestos. En cuanto a Moisés, sin embargo, él lo estaba mucho más:

> Entonces Moisés le reclamó al Señor: "¿Por qué le has hecho este mal a tu siervo? ¿Por qué no soy digno de tu bondad? ¿Por qué has puesto sobre mí la carga de todo este pueblo? ¿Acaso yo lo concebí? ¿O acaso yo lo engendré, para que me pidas llevarlo en mi seno, como si fuera yo su madre y los estuviera amamantando, hasta la tierra que prometiste dar a sus padres? ¿De dónde voy yo a sacar carne para alimentar a todo este pueblo? Ellos lloran, y vienen a decirme: '¡Danos a comer carne!' ¡Yo solo no puedo soportar a todo este pueblo! ¡Me es una carga demasiado pesada! Si así me vas a tratar, voy a agradecerte que me mates. Y si acaso merezco tu favor, ¡no me dejes ver mi propia desgracia!" (vv. 11-15).

Podemos determinar la profundidad del desaliento de Moisés por las palabras de la desesperada oración que hizo en esta ocasión: "Dios, si realmente te agrado, si realmente te preocupas por mí, mátame ahora mismo, porque ya no puedo cargar con esto". Él tenía miles de personas gritándole que les diera algo que él de ninguna forma podía proveerles. En ese punto, parecía preferible morir a continuar liderando a los israelitas.

La respuesta de Dios no fue la que Moisés esperaba:

> El Señor le dijo a Moisés: “Junta a setenta ancianos de Israel, de los que tú sepas que son ancianos y jefes del pueblo, y llévalos hasta la entrada del tabernáculo de reunión. Diles que esperen allí contigo. Yo descenderé y hablaré allí contigo, y tomaré del espíritu que está en ti y lo pondré en ellos, y ellos sobrellevarán contigo la carga del pueblo. Ya no la llevarás tú solo. Pero dile al pueblo que se santifique para mañana. Ustedes van a comer carne, pues han llorado ante mí y han dicho: ‘¡Cómo quisiéramos que alguien nos diera a comer carne! La verdad, ¡nos iba mejor en Egipto!’ Así que yo, el Señor, voy a darles a comer carne. Y no la comerán un día ni dos; ni cinco, diez o veinte días, sino todo un mes, hasta que les salga por las narices, y se harten de comerla, por haberme menospreciado. Yo soy el Señor y estoy en medio de ustedes; pero ustedes han llorado ante mí y han dicho: ‘¿Para qué salimos de Egipto y vinimos acá?’” (vv. 16-20).

Yo creo que aquí la lección es esta: ten cuidado con lo que pides en oración. El pueblo estaba pidiendo carne, así que Dios dijo: “Muy bien; si quieren carne, carne les voy a dar. Les daré carne al desayuno, carne al almuerzo, carne en la cena, carne en la merienda de la noche, y no solo uno o dos días sino durante un mes entero, hasta que les salga por las narices”. Dios dijo que les daría carne hasta que ya no quisieran ni mirarla.

Pareciera que Moisés tendría que haber sentido alivio ante esta noticia. Dios iba a darle al pueblo lo que quería, quitándole la presión a Moisés. Habría sido lógico que Moisés dijera: “Gracias, Señor, por hacerte cargo de esta situación. Aprecio mucho lo que has hecho”. Pero no fue eso lo que ocurrió. En lugar de ello, Moisés tuvo una crisis de fe. Él le dijo a Dios: “Este pueblo, en medio del cual estoy, llega a los seiscientos mil de a pie. ¿Y tú

dices que les darás a comer carne todo un mes? ¿Acaso van a degollarse para ellos ovejas y bueyes suficientes? ¿O van a pescarse para ellos todos los peces del mar, para que les alcance?” (vv. 21-22).

Cuando Moisés hablaba de seis mil hombres de a pie, se refería al número del ejército israelita, los hombres que estaban listos para la batalla. Esta cifra no incluía a los muchachos, los niños, los ancianos, los desvalidos, ni las mujeres. Probablemente él era responsable de bastante más de dos millones de personas. Moisés no lograba ver alguna forma en la que Dios pudiera cumplir su promesa de darle a esta enorme muchedumbre carne para comer por un mes.

Me encanta la respuesta de Dios: “Y el Señor le respondió a Moisés: “¿Acaso mi mano se ha acortado? ¡Ahora vas a ver si mi palabra se cumple, o no!” (v. 23). En el fondo, Dios le preguntó a Moisés: “¿Soy Dios o no soy Dios?”. Entonces desafió a Moisés a que simplemente observara y viera lo que él haría.

Al oír eso, Moisés no habló más. Simplemente hizo lo que Dios le había mandado: “Moisés salió de allí y repitió ante el pueblo las palabras del Señor; luego reunió a los setenta ancianos del pueblo, y los hizo esperar alrededor del tabernáculo. Entonces el Señor descendió en la nube, y habló con él. Tomó del espíritu que estaba en él, y lo puso en los setenta ancianos; y cuando el espíritu se posó en ellos, comenzaron a profetizar, y no dejaban de hacerlo” (vv. 24-25).

AYUDANTES PARA MOISÉS

A medida que empezamos a explorar este importante incidente, es útil considerar un suceso anterior registrado en Éxodo 18. Se nos dice que después de que Dios sacó al pueblo de Israel de Egipto, el suegro de Moisés,

Jetro, el sacerdote de Madián, vino a visitarlo en el campamento israelita en el Sinaí. Durante su visita, Jetro vio que Moisés se sentaba a resolver disputas entre el pueblo desde la mañana hasta la tarde (vv. 1-13). Entonces leemos:

> Al ver el suegro de Moisés todo lo que éste hacía con el pueblo, dijo: "¿Qué es lo que estás haciendo con el pueblo? ¿Por qué te sientas tú solo, mientras todo el pueblo se queda delante de ti desde la mañana hasta la tarde?" Moisés le respondió a su suegro: "Es que el pueblo viene a mí para consultar a Dios. Cuando tienen problemas, vienen a mí; entonces yo juzgo entre el uno y el otro, y les doy a conocer las ordenanzas y leyes de Dios". Pero el suegro de Moisés le dijo: "Esto que haces no está bien, pues te cansarás tú, y también se cansará este pueblo. Este trabajo es demasiado pesado para ti, y no vas a poder hacerlo tú solo. Préstame atención, que voy a darte un consejo, y que Dios te acompañe. Preséntate ante Dios en lugar del pueblo, y somete a su juicio todos los problemas. Enséñales a ellos las ordenanzas y las leyes, e indícales cómo deben conducirse, y qué deben hacer. Además, escoge de entre el pueblo algunos hombres respetables y temerosos de Dios, confiables y nada ambiciosos, y ponlos al frente de grupos de mil, cien, cincuenta y diez personas. Que se ocupen ellos de juzgar al pueblo en todo momento, que dicten sentencia en cuestiones menores, y que a ti te remitan todo asunto de gravedad. Así aligerarás tu carga, pues ellos la llevarán contigo. Si haces esto, y Dios así te lo ordena, podrás resistir; además, todo el pueblo volverá tranquilo a su casa".
>
> Moisés atendió a la voz de su suegro, e hizo todo lo que le dijo, pues de entre todo Israel escogió hombres respetables y los puso a cargo del pueblo como jefes de grupos de mil, cien, cincuenta y diez personas. Ellos juzgaban al pueblo en todo momento y dictaban sentencia en todo asunto menor, y remitían a Moisés las cuestiones difíciles de resolver (vv.

14-26).

Moisés siguió el consejo de Jetro y designó a hombres que sirvieran de jueces bajo su mando, mientras él actuaba como "juez supremo", atendiendo los casos más difíciles.

En el relato de Números, Dios hizo algo similar. Dios le dijo a Moisés que reuniera a setenta hombres que eran ancianos del pueblo y los llevara al tabernáculo (Números 11:16). Dios le estaba diciendo: "Voy a alivianar tu carga del liderazgo. No te voy a dar un ayudante sino setenta". Cuando ellos se reunieron, Dios tomó parte del Espíritu que estaba sobre Moisés y lo puso sobre los setenta ancianos. A consecuencia de esto, ya no había solo un líder ungido en el campamento, sino setenta y uno.

Moisés había sido ungido por el Espíritu santo para actuar como mediador del antiguo pacto. Ahora, Dios ungió a otras setenta personas para que participaran de esta labor. Es significativo que no les haya dado una unción propia; más bien Dios distribuyó el Espíritu que estaba sobre Moisés entre los setenta ancianos. Cuando lo hizo, todos comenzaron a profetizar de manera única, como nunca lo habían hecho antes ni lo hicieron después. Esta manifestación exterior demostraba que ellos habían sido capacitados por el Espíritu Santo.

Casi a modo de nota al pie, a continuación leemos: "En el campamento se habían quedado Eldad y Medad, dos varones sobre los cuales también se posó el Espíritu. Aunque estaban entre los escogidos, no se habían presentado en el tabernáculo; sin embargo, comenzaron a profetizar en el campamento. Entonces un joven fue corriendo a decirle a Moisés: '¡Eldad y Medad están profetizando en el campamento!'" (vv. 26-27). Esta situación era escandalosa. El pueblo aún no sabía que Dios había ordenado esta distribución del Espíritu Santo aparte de la persona de Moisés a los setenta ancianos. Cuando observaron a Eldad y Medad profetizando, se horrorizaron

de que esto pudiera ser la señal de un falso profeta. Así que corrieron a informarle a Moisés al respecto.

Cuando la noticia llegó a oídos de Moisés, su asistente, Josué, se molestó especialmente: “Josué hijo de Nun, que era ayudante cercano de Moisés, le dijo: ‘Moisés, mi señor, ¡no se lo permitas!’” (v. 28). ¿Por qué Josué pedía algo así? ¿Se oponía a la profecía? ¿Estaba en contra del poder del Espíritu Santo? No, Josué simplemente estaba preocupado de que esta fuera una amenaza para el liderazgo de Moisés. Él lo veía como la pretensión de levantarse contra la autoridad debidamente constituida de la iglesia del Antiguo Testamento.

La respuesta de Moisés es vital para la comprensión de la obra del Espíritu Santo. Leemos lo siguiente: “Pero Moisés le respondió: ‘¿Acaso tienes celos por mí? ¡Cómo quisiera yo que todo el pueblo del Señor fuera profeta! ¡Cómo quisiera yo que el Señor pusiera su espíritu sobre ellos!’” (v. 29). Mientras Josué protestaba por la expansión del Espíritu Santo para capacitar a la gente de Dios para el ministerio, Moisés se alegraba por ello. Incluso expresó el deseo de que Dios pusiera su Espíritu en cada una de las personas de su pueblo.

En el antiguo Israel, durante el tiempo de Moisés, esta idea de que el Espíritu pudiera reposar sobre cada creyente era una mera esperanza o una oración en los labios de Moisés. Más tarde, sin embargo, esa esperanza se convirtió en profecía. El profeta Joel escribió: “Después de esto, derramaré mi espíritu sobre la humanidad entera, y los hijos y las hijas de ustedes profetizarán; los ancianos tendrán sueños, y los jóvenes recibirán visiones. En aquellos días, también sobre los siervos y las siervas derramaré mi espíritu” (2:28-29). Por inspiración del Espíritu, Joel dijo que en los últimos días Dios derramaría su Espíritu sobre “la humanidad entera”, es decir, sobre todo el pueblo de Dios. La capacitación del Espíritu Santo para el ministerio no

estaría limitada a individuos aislados o a un pequeño círculo de personas, sino que cada persona en la comunidad de Dios sería dotada de esa forma.

ORACIÓN Y PROFECÍA CUMPLIDAS

Lo que para Moisés fue una oración y una profecía para Joel se volvió una realidad histórica en el día de Pentecostés, cuando Dios tomó del Espíritu que estaba en Jesús, el Mediador del nuevo pacto, y los distribuyó, no a setenta, sino a todos los creyentes.

Jesús les había dicho a los discípulos que esto acontecería. En el libro de Hechos, Lucas escribe: “Mientras estaban juntos, [Jesús] les mandó que no se fueran de Jerusalén, sino que les dijo: ‘Esperen la promesa del Padre, la cual ustedes oyeron de mí. Como saben, Juan bautizó con agua, pero dentro de algunos días ustedes serán bautizados con el Espíritu Santo’” (Hechos 1:4-5). Una de las últimas cosas que Jesús les dijo a los discípulos antes de ascender a su Padre fue que ellos podrían recibir el cumplimiento de una promesa que el Padre había hecho. Él aludía a la promesa del bautismo del Espíritu Santo en la profecía de Joel. Él les dijo que eso ocurriría en un futuro muy próximo.

Lucas continúa: “Entonces los que estaban reunidos con él le preguntaron: ‘Señor, ¿vas a devolverle a Israel el reino en este tiempo?’ Y él les respondió: ‘No les toca a ustedes saber el tiempo ni el momento, que son del dominio del Padre. Pero cuando venga sobre ustedes el Espíritu Santo recibirán poder, y serán mis testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria, y hasta lo último de la tierra’” (Hechos 1:6-8). Aquí Jesús asoció el bautismo del Espíritu con el poder para ser testigos suyos.

En todos los pasajes que hemos analizado —Números 11, Joel 2, y especialmente aquí en Hechos 1—, la unción del Espíritu Santo se asocia con algún tipo de capacitación, algún tipo de dotación divina por gracia. La

palabra griega para este tipo de don es *charisma*. De ahí que los dones que trae el Espíritu se conozcan como dones "carismáticos" o los *charismata*. El Espíritu otorga estos dones a la iglesia de Cristo para capacitar al pueblo de Dios para que lleve a cabo la misión que Cristo dio a su pueblo: dar testimonio de él hasta lo último de la tierra.

Esa fue, pues, la promesa. El día de Pentecostés, el Espíritu efectivamente vino sobre los discípulos con poder:

> Cuando llegó el día de Pentecostés, todos ellos estaban juntos y en el mismo lugar. De repente, un estruendo como de un fuerte viento vino del cielo, y sopló y llenó toda la casa donde se encontraban. Entonces aparecieron unas lenguas como de fuego, que se repartieron y fueron a posarse sobre cada uno de ellos. Todos ellos fueron llenos del Espíritu Santo, y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu los llevaba a expresarse.
>
> En aquel tiempo vivían en Jerusalén judíos piadosos, que venían de todas las naciones conocidas. Al escucharse aquel estruendo, la multitud se juntó, y se veían confundidos porque los oían hablar en su propia lengua. Estaban atónitos y maravillados, y decían: "Fíjense: ¿acaso no son galileos todos estos que están hablando?… ¡Y todos los escuchamos hablar en nuestra lengua acerca de las maravillas de Dios! (Hechos 2:1-11).

Pentecostés era una fiesta anual que se celebraba en Jerusalén. Peregrinos judíos de todo el mundo llegaban a Jerusalén para la fiesta de Pentecostés. Así que había una enorme asamblea de judíos de muchas regiones y hablaban muchos idiomas. Pero la fiesta fue interrumpida por un suceso que se caracterizó por una manifestación visible del Espíritu Santo: lenguas de fuego que se posaban sobre la cabeza de los discípulos, y una manifestación

audible: los discípulos hablaban de “las maravillas de Dios” en los idiomas de todos los que estaban presentes.

Después de esa unción del Espíritu, los discípulos fueron hombres cambiados. Comenzaron a predicar que Jesús era el Cristo, el Salvador, y no serían acallados ni siquiera con amenazas de ejecución. Pronto comenzaron a llevar el mensaje del evangelio a todas partes, tal como Jesús les había mandado, y pronto se dijo que ellos habían “trastornado el mundo entero” (Hechos 17:6). Tal es el poder de la unción que da el Espíritu a cada persona que confía en Jesucristo bajo el nuevo pacto.

Martín Lutero, el gran reformador alemán del siglo XVI, hablaba del “sacerdocio de todos los creyentes”. Algunos entienden esto como que en la iglesia no debe haber distinción entre clero y laicado, pero no es eso a lo que Lutero se refería. Él decía que la obra del reino de Dios no se da solo a los que tienen la vocación de predicador, maestro, diácono, o anciano. Más bien cada cristiano está llamado a participar en el ministerio de Cristo y en el ministerio de la iglesia. Eso puede ser intimidante, pero con ese llamado viene el don del Espíritu Santo, quien unge y potencia a todos los que son de Cristo para que le sirvan.



El Iluminador

En el primer año de mi carrera académica, estaba enseñando en una universidad en el oeste de Pennsylvania. En el semestre de primavera, una alumna concertó una cita conmigo para discutir un problema personal. Ella estaba bastante consternada porque estaba experimentando el síndrome del último año. Ella estaba en el último semestre de su último año, pero no estaba casada, no salía con nadie, y no tenía expectativas de una relación con un hombre en ese entonces. Ella era una cristiana devota y sincera, así que quería saber si acaso estaba mal que ella orara para encontrar un compañero. Yo le dije que no tenía nada de malo orar que Dios le proveyera un esposo, en absoluto, y yo le encarecí que lo hiciera.

Unas dos semanas después, ella me visitó nuevamente, y esta vez estaba rebosante de alegría y entusiasmo. Ella me dijo: “He estado orando durante

dos semanas que Dios me dé un esposo, y él ha respondido mis oraciones". Yo le dije: "¿Conociste a alguien?". Ella respondió: "No, todavía no lo he conocido. Pero sé que lo haré muy pronto. ¿Sabe?, anoche hice una búsqueda bíblica al azar". Ahora bien, yo no sabía a qué se refería con búsqueda bíblica al azar, así que le pregunté. Ella dijo: "Bueno, estaba orando, y tenía la Biblia delante de mí; entonces le pregunté a Dios si me concedería un esposo. Luego cerré los ojos, abrí mi Biblia al azar, y puse mi dedo sobre la página. Cuando abrí los ojos, mi dedo indicaba Zacarías 9:9, que dice: '¡Llénate de alegría, hija de Sión! ¡Da voces de júbilo, hija de Jerusalén! Mira que tu rey viene a ti, justo, y salvador y humilde, y montado sobre un asno, sobre un pollino, hijo de asna'. Esa fue la respuesta de Dios a mi oración. El Espíritu me reveló que me voy a casar".

Este fue un ejemplo de "exégesis pneumática", que es una forma sofisticada de decir búsqueda bíblica al azar. Tiene que ver con interpretar la Biblia mediante cierta especie de maquinación espiritual. Esto no simplemente raya en la magia y la superstición, sino que traspasa sus límites. Esta querida alumna universitaria mía se había involucrado en una forma de interpretar la Escritura que realmente es una ofensa contra Dios el Espíritu Santo. Convertir la Biblia en un talismán mágico ciertamente no concuerda con la intención del Espíritu en su obra de inspirar la Biblia.

CÓMO USA LA PALABRA EL ESPÍRITU

Hubo un episodio similar en la vida de Agustín, el gran teólogo del primer milenio. Antes de su conversión, Agustín se ganó la reputación de llevar un estilo de vida atolondrado, desenfrenado y licencioso. Su piadosa madre, Mónica, oró fervientemente por mucho tiempo que su hijo viniera a Cristo. Un día, como relata Agustín en sus memorias, *Confesiones*, él estaba

meditando en un jardín, tratando de entender la verdad en medio de su confusión por los diversos sistemas filosóficos de su tiempo. Unos niños jugaban cerca de él, y Agustín pudo oírlos cantar un extraño estribillo: "*Tolle lege*, *tolle lege*", que significa "toma y lee, toma y lee". Agustín encontró una copia de la Escritura cristiana y comenzó a leer donde se abrieron las páginas. Estas se abrieron en el libro de Romanos, donde Pablo dice: "Vivamos con honestidad, como a la luz del día, y no andemos en glotonerías ni en borracheras, ni en lujurias y lascivias, ni en contiendas y envidias. Más bien, revistámonos del Señor Jesucristo, y no busquemos satisfacer los deseos de la carne" (Romanos 13:13-14). Cuando la mirada de Agustín cayó sobre este pasaje, fue golpeado por la culpa y despertado a las cosas de Dios. En ese momento, el Espíritu Santo lo hizo nacer de nuevo.

¿Cuál es la diferencia entre la experiencia de Agustín y la experiencia de mi alumna en la universidad? Agustín no intentó discernir la voluntad de Dios mediante un proceso mágico. Él simplemente tomó la Escritura y se dio el caso de que leyó en cierto lugar. Lo que es más importante, Dios no le dio al texto que leyó Agustín un significado que el Espíritu Santo no pretendió cuando inspiró a Pablo para que lo escribiera. Más bien el Espíritu le permitió a Agustín entender lo que el texto realmente significaba. No había magia en ello.

Yo me convertí a Cristo a través de una discusión en un dormitorio de la universidad una noche de 1957. Otro estudiante que era cristiano me estaba hablando de las cosas de Dios y citando todo tipo de cosas de la Biblia. La mayor parte me entró por un oído y salió por el otro, y no recuerdo lo que dijo. Pero él comenzó a hablar de la sabiduría de Dios, y cuando lo hizo, abrió la Biblia en el libo de Eclesiastés y leyó algunos versos, incluyendo este: "Caiga el árbol hacia el norte, o caiga el árbol hacia el sur, en donde caiga se quedará" (11:3b). Cuando escuché esas palabras, de pronto quedé

abrumado al pensar en mí mismo como un árbol caído que yacía inerte, aletargado, pudriéndose en el bosque. Vi que yo estaba precisamente en esa condición espiritual; era un árbol caído, y allí me quedaría para siempre a menos que Dios hiciera algo. Esa no fue una aplicación errada de ese texto. Yo creo que Dios usó ese texto para despertarme a la fe salvadora.

Estos son ejemplos de lo que llamamos iluminación divina, otra obra importante del Espíritu Santo. Debemos distinguir entre la obra de iluminación del Espíritu Santo y su vitalmente importante obra de revelación. El Espíritu Santo inspiró la revelación bíblica, la verdad de Dios que se despliega y expone para nosotros en la Biblia. Esta es información que en definitiva nos llega de la mente de Dios mismo. La iluminación, por el contrario, no trae nueva información. Esta se sustenta en la información que el Espíritu ya ha dado en las Escrituras. Cuando el Espíritu usó aquel canto infantil para inducir a Agustín a leer el texto de Romanos, en ese momento no dio nueva información por causa de Agustín. Más bien él simplemente condujo a Agustín a leer un pasaje de la Escritura que estaba ahí para que cualquiera lo leyera. Pero miles y miles de personas habían leído ese texto y no se habían visto reflejados en él. No habían sido convencidos por él sino que habían permanecido impasibles porque seguían ciegos a su relevancia y poder. Pero Agustín experimentó la iluminación del Espíritu. En otras palabras, el Espíritu actuó en Agustín para ayudarlo a entender la verdad de Dios en las palabras que leía.

EXAMINAR “LAS PROFUNDIDADES DE DIOS”

Los cristianos deben contarse entre los iluminados; no que hayan sido iluminados por algún gurú del Himalaya, sino por el Espíritu Santo mediante el uso de la Palabra de Dios. Esto lo vemos claramente en la primera epístola

del apóstol Pablo a los Corintios, donde leemos:

> Sin embargo, entre los que han alcanzado la madurez sí hablamos con sabiduría, pero no con la sabiduría de este mundo ni la de sus gobernantes, los cuales perecen. Más bien hablamos de la sabiduría oculta y misteriosa de Dios, que desde hace mucho tiempo Dios había predestinado para nuestra gloria, sabiduría que ninguno de los gobernantes de este mundo conoció, porque si la hubieran conocido, nunca habrían crucificado al Señor de la gloria. Como está escrito: "Las cosas que ningún ojo vio, ni ningún oído escuchó, ni han penetrado en el corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman". Pero Dios nos las reveló a nosotros por medio del Espíritu, porque el Espíritu lo examina todo, aun las profundidades de Dios (2:6-10).

¿A qué se refiere Pablo cuando dice que "el Espíritu lo examina todo, aún las profundidades de Dios"? Cuando usamos la palabra "examinar", normalmente nos referimos al acto de tratar de encontrar algo que queremos ubicar o descubrir. Si estoy en una búsqueda del conocimiento, si estoy examinando algo, estoy tratando de aprender algo que al presente no sé. Por lo tanto, cuando Pablo dice que el Espíritu examina las profundidades de Dios, pareciera que está implicando que la tercera persona de la Trinidad está buscando algún conocimiento que ignora. Pero si concluimos que hay ciertas cosas que el Espíritu no conoce y necesita aprender, nuestra doctrina de la Trinidad queda destruida. Tal falta de conocimiento en el Espíritu negaría su deidad como miembro de la Divinidad. Por consiguiente, debemos abordar la pregunta desde otra perspectiva, aceptando lo que el resto de la Escritura enseña acerca del Espíritu: que él es parte de la Divinidad y por lo tanto omnisciente. En consecuencia, él no examina las profundidades de Dios para aumentar su conocimiento.

Por el contrario, aquí Pablo nos está diciendo que el Espíritu Santo examina las profundidades de Dios para nosotros. El Espíritu actúa como un foco de búsqueda y resplandece sobre el texto de la Escritura cuando la leemos, dándonos la capacidad de entender su significado. Cuando eso sucede, vemos la verdad de Dios intensa y nítidamente. Cada uno de nosotros los cristianos ha tenido esta experiencia en algún momento de su vida. Estamos leyendo la Escritura, y de pronto una verdad en particular pareciera saltar de la página y traspasar nuestra alma. Esa es la obra de iluminación del Espíritu Santo.

En el año 1734, se predicó un sermón en Northampton, Massachusetts, que yo creo que fue uno de los sermones más importantes que se haya predicado en lo que hoy es suelo estadounidense. El hombre que lo predicó, Jonathan Edwards, es más famoso por otro sermón, “Pecadores en las manos de un Dios airado”, que predicó en Enfield, Connecticut, en 1741. Muchas antologías de la literatura estadounidense contienen “Pecadores en las manos de un Dios airado” como un ejemplo representativo de la escritura de la Nueva Inglaterra colonial. Pero el sermón anterior a este que a mi parecer fue importantísimo tenía este título: “Una luz divina y sobrenatural, directamente impartida al alma por el Espíritu de Dios, manifestada por ser una doctrina tanto escritural como racional”. Este sermón no es muy conocido ni difundido, pero yo creo que si algún sermón captura la genialidad de Edwards, es este. En este sermón, Edwards estaba hablando de la iluminación sobrenatural.

Edwards define esta luz espiritual diciendo:

> Y puede ser descrita así: un sentido verdadero de la excelencia divina de las cosas reveladas en la Palabra de Dios, y una convicción de la verdad y realidad de ellas que surge de allí. Esta luz espiritual consiste esencialmente en lo primero, es decir, un sentido y percepción real de la

excelencia divina de las cosas reveladas en la Palabra de Dios. De esta visión de su divina excelencia y gloria surge una convicción espiritual y salvadora de la verdad y realidad de estas cosas; de modo que esta convicción acerca de su verdad es un efecto y consecuencia natural de esta vista de su gloria divina[1].

Según Edwards, el efecto primordial de la obra de iluminación del Espíritu es despertar en nosotros un sentido de la excelencia divina de las cosas de Dios. Podemos estar convencidos de que Cristo es divino y aun así no captar la dulzura de esa idea. Puede que aún no haya un afecto por él en nuestro corazón o en nuestra alma. El Espíritu despierta en nosotros una sensibilidad a la excelencia de las cosas de Dios. Pero él no actúa contra la Palabra de Dios. El Espíritu obra en la Palabra, con la Palabra, y a través de la Palabra. Dicho de otro modo, él nos lleva a la revelación de Dios y nos la muestra de tal manera que vence nuestra hostilidad o sesgo naturales contra la verdad de Dios y nos muestra su benignidad. Tal como Ezequiel se tragó el rollo con sus palabras amargas y de pronto le parecieron dulces como la miel en su boca (3:3), así también las palabras de Dios se vuelven dulces para todos los que las observan bajo la luz del Espíritu.

1 Jonathan Edwards, “Una luz divina y sobrenatural, directamente impartida al alma por el Espíritu de Dios, manifestada por ser una doctrina tanto escritural como racional”, http://descubriendoelevangelio.es/2009/05/sermon1-jonathan-edwards/, accedido el 30 de julio de 2015.

ACERCA DEL AUTOR

El Dr. R. C. Sproul es el fundador y director de Ligonier Ministries, un ministerio multimedia internacional con sede en Sanford, Florida. Él también se desempeña como co-pastor en Saint Andrew's, una congregación reformada en Sanford, y como rector del Reformation Bible College, y su enseñanza puede escucharse en todo el mundo en el programa de radio diario *Renewing Your Mind.*

Durante su distinguida carrera académica, el Dr. Sproul contribuyó a la formación de hombres para el ministerio como profesor en varios seminarios teológicos.

El Dr. Sproul es autor de más de noventa libros, entre ellos, *The Holiness of God, Chosen by God, The Invisible Hand, Faith Alone, Everyone's a Theologian, Truths We Confess, The Truth of the Cross, and The Prayer of the Lord*. También trabajó como editor general de la Biblia *The Reformation Study Bible*, y ha escrito varios libros para niños, entre ellos *The Donkey Who Carried a King.*

El Dr. Sproul y su esposa, Vesta, residen en Sanford, Florida.